

## LA GAYA CIENCIA

### 1. Los doctrinarios del fin de la existencia.

Por más que reflexione acerca de los hombres, acerca de todos y de cada uno en particular, no los veo nunca más que ocupados en una tarea, en hacer lo que beneficia a la conservación de la especie. Y ello no por un sentimiento de amor a esta especie, sino sencillamente porque no hay nada tan inveterado, poderoso, inexorable, e irreductible que este instinto, porque este instinto es precisamente la esencia de la especie gregaria que somos... Ese instinto que actúa de un modo regular, tanto en el hombre más iluminado como en el más vulgar, ese instinto de conservación de la especie, surge en diferentes intervalos bajo la forma de la razón y de la pasión del espíritu, encontrándose entonces acompañado de brillantes motivos y tendiendo a hacer olvidar con todas sus fuerzas que en realidad no es más que impulso, instinto, locura, falta de fundamento...

Y esta naturaleza tiene en adelante una necesidad más: precisamente la necesidad de la constante reaparición de tales doctrinarios, de tales doctrinas de la "finalidad". El hombre se ha ido convirtiendo poco a poco en un animal extravagante que, más que ningún otro animal, piensa que satisface una necesidad vital: es necesario que de vez en cuando el hombre crea saber por qué existe...

### 14. Todo lo que llaman amor.

Codicia y amor, ¿qué sentimientos y cuántas diferencias nos sugieren cada uno de estos términos! Y, sin embargo, podría ocurrir que se tratara del mismo impulso, pero designado de dos modos distintos; o bien de forma calumniosa desde el punto de vista de los saciados, para quienes este impulso ha tenido ya alguna satisfacción y que temen perder lo que "tienen"; o bien desde la perspectiva de los insatisfechos, de los ávidos, que glorifican consiguientemente dicho impulso por que lo consideran "bueno".

¿No es nuestro amor al prójimo un impulso a adquirir una nueva propiedad? ¿No sucede lo mismo con nuestro amor al conocimiento, a la verdad y, por lo general, con todo impulso hacia nuevas realidades? Cansados poco a poco de lo antiguo, de lo que poseemos con seguridad, extendemos las manos para recibir lo nuevo; ni siquiera el paisaje más hermoso en el que acabamos de pasar tres meses está completamente seguro de nuestro amor, pues un horizonte más lejano excita nuestras ansias. Es que generalmente despreciamos el bien poseído por el hecho mismo de la posesión.

Nuestra auto satisfacción trata de ser tan intensa que continuamente está convirtiendo cualquier cosa nueva en parte de nosotros mismos y en esto consiste la posesión. Estar harto de una posesión equivale a estar harto de uno mismo (se puede sufrir también por estar demasiado lleno; es el deseo de rec

hazar, de compartir, que puede encubrirse con el nombre honorable de "amor"). Cuando vemos sufrir a alguien, comprendemos gustosamente que se nos ofrece la oportunidad de apoderarnos de él; es lo que hace, por ejemplo, el hombre caritativo y compasivo, que también llama "amor" al deseo de una nueva posesión, encontrando placer en ello tanto como con la llamada a una nueva conquista. Pero donde se revela más claramente que el amor constituye un impulso que incita a apropiarnos de un bien es en el amor sexual; el amante quiere poseer en exclusiva a la persona que desea, quiere ejercer su poder exclusivo tanto sobre su alma como sobre su cuerpo, quiere ser amado por esa persona con exclusión de cualquier otra, permanecer en ese alma y dominarla como si esto fuera para dicha persona su más supremo y deseable bien. Si consideramos que todo esto representa nada menos que privar al resto del mundo del regocijo de un bien y de una felicidad preciosa, que el amante trata de reducir al empobrecimiento y a la privación a todos los demás contendientes y que sólo aspira a convertirse en el dragón de su tesoro, en el "conquistador", en el explotador más egoísta y carente de escrúpulos y que, a sus propios ojos, el mundo entero resulta indiferente, descolorido y sin valor, estando dispuesto a sacrificarlo todo, a alterar no importa qué orden, a pisotear cualquier otro interés, nos asombraremos, entonces, de que esta avaricia y esta injusticia salvaje del amor sexual hayan podido ser ensalzadas y divinizadas hasta ese punto en todas las épocas; nos asombraremos de que de esta clase de amor se haya llegado a extraer incluso el concepto de amor como lo contrario al egoísmo, cuando de lo que se trata es de la manifestación más desenfrenada de este último (...)

### 21. A los doctrinarios del desinterés.

Se califica como buenas las virtudes de un hombre teniendo en cuenta no los efectos que en él ejercen, sino los que creemos que ejercerán sin sorpresas en nosotros y en la sociedad. Desde siempre se ha sido en esto muy poco "desinteresado", muy poco "altruista". Es que de otro modo se hubiese debido ver que las virtudes (el cuidado, la obediencia, la castidad, la piedad, la justicia) son la mayoría de las veces perjudiciales para quienes las detentan, en cuanto impulsos que rigen con violencia y un ansia excesivos, que no permiten de ninguna manera que la razón los equilibre respecto a los demás impulsos. Si tienes una virtud entera y verdadera (no sólo un veleidoso impulso hacia una virtud), ¡entonces eres víctima suya! ¡Precisamente por eso alaba tu vecino tu virtud! Se alaba al comedido aunque su precaución perjudique la facultad visual de sus ojos o la espontaneidad y frescura de su espíritu; se honra y se compadece al joven

que "se ha matado trabajando", porque se lo juzga de la manera siguiente: "Para la grandeza de la sociedad en conjunto, la pérdida del mejor de los individuos no es más que un sacrificio sin importancia. Es lamentable que se necesite este sacrificio. ¡Pero sería indudablemente peor que el individuo pensara de forma diferente y concediese más importancia a su conservación y a su evolución que a su labor a favor de la sociedad!" Por eso no se maldice la pérdida de este adolescente por ser una persona en sí mismo, sino más bien porque su muerte ha privado a la sociedad de un instrumento entregado y despreocupado de sí mismo - es decir, de lo que se llama un "valiente".

Quizás se pregunte también si a favor de la sociedad no habría sido más útil que se hubiese administrado mejor el trabajo con la finalidad de conservar más tiempo, llegándose incluso a reconocer el beneficio que se hubiera podido extraer de ello. Pero se considera que la otra ventaja es más elevada y duradera debido a que se ha consumado un sacrificio y a que se ha confirmado una vez más de modo manifiesto el sentimiento de víctima del animal destinado al sacrificio. Por ende, lo que se elogia cuando se alaban las virtudes es, por una parte, su carácter funcional; y por otra, el impulso ciego en medio de cada virtud que no se deja reducir al interés integral del individuo. En resumen, lo que se está alabando es la sinrazón misma de la virtud, mediante la cual el individuo se pliega a cumplir una función dentro del todo. La alabanza de las virtudes exalta algo que perjudica a la vida privada, fomenta impulsos que privan al hombre de su más noble sentimiento de sí mismo y de su fuerza suprema para resguardarse. Bien es cierto que, con vistas a la educación y a la asimilación de hábitos virtuosos, se resalta una serie de efectos de la virtud que hacen que ésta parezca mutuamente solidaria del interés privado (¡y existe efectivamente esa solidaridad!). Por ejemplo, se presenta el furor ciego de la laboriosidad, la virtud característica de una naturaleza instrumental, como la vía que conduce a la riqueza y al honor, como el veneno más eficaz para matar el tedio y las pasiones, pero se silencia su carácter excesivamente peligroso. En cualquier caso, la educación procede de la siguiente manera: mediante un conjunto de estímulos y de ventajas trata de inculcar en el individuo una forma de pensar y de actuar que, una vez convertida en hábito, impulso y pasión, se hace dueña de él en detrimento de su ventaja última, o sea, en favor del "máximo interés común". Demasiadas veces he comprobado que el furor ciego de la laboriosidad, que sin duda proporciona riquezas y honores, le impide a los órganos la delicadeza que permitiría gozar realmente de esas riquezas y honores, hasta el punto de que ese remedio principal contra el tedio y contra las pasiones embota los sentidos y hace al espíritu reacio a nuevos atractivos (la época más

laboriosa de todas la nuestra- no sabe qué hacer con toda su laboriosidad, con todo su dinero, a no ser más laboriosidad y más dinero aún; ¡pues se requiere más temperamento para gastar que para adquirir! ¡Muy bien!, esperemos entonces a nuestros "nietos"). Si la educación tiene éxito, todas las virtudes de los individuos representarán una utilidad colectiva y una desventaja personal respecto al objetivo supremo de la vida privada, así como un cierto debilitamiento de los sentidos espirituales o incluso un declive prematuro. Hay que valorar desde este punto de vista cada una de estas virtudes, la obediencia, la castidad, la piedad, la justicia. La alabanza del desinteresado, del que se sacrifica voluntariamente, del virtuoso es decir, de quien no emplea toda su fuerza y toda su razón para la conservación, el desarrollo, la elevación, las exigencias y el aumento de poder de su propia vida, sino que respecto a sí mismo vive de una forma modesta y despreocupada, acaso de un modo indiferente o irónico incluso- esa alabanza, digo, ¡no ha nacido en modo alguno del espíritu de desinterés! Nuestro "prójimo" alaba nuestro desinterés ¡porque esto lo beneficia. Si el "prójimo" pensara de una forma "desinteresada", rechazaría este desprecio de fuerza, este daño sufrido en favor suyo, se opondría al desarrollo de tales inclinaciones, ¡y sobre todo expresaría su desinterés negándole a todo esto el carácter de bondad! La honda contradicción que afecta a esta moral tan elogiada hoy en día consiste precisamente en que los motivos de dicha moral están en contra de sus principios. ¡Aquello a lo que recurre esta moral para establecer sus pruebas, lo rechaza al mismo tiempo por su criterio de moralidad! La frase que sentenciaría "debes negarte a tí mismo y sacrificarle", para no ir en contra de su propia moral, debería ser decretada sólo por una naturaleza que de hecho renunciase a su propio beneficio y provocase, tal vez, su propia auto destrucción por el sacrificio exigido a los individuos. Pero tan pronto como el prójimo (o la sociedad) recomiende el altruismo con fines utilitarios, practicará precisamente la máxima opuesta: "Debes buscar tu beneficio, incluso a expensas de todos los demás", por lo que se estará predicando sin interrupción un "debes" y un "no debes".

#### 40. Sobre la falta de una forma distinguida.

Los soldados y los jefes tienen siempre un comportamiento recíproco muy superior al que existe entre obreros y patronos. Hasta hoy, a l menos, toda auténtica civilización militar sigue estando muy por encima de la llamada civilización industrial; esta última, en su forma actual, es en líneas generales el modo de vida más vulgar que se ha visto hasta el momento. Lo que aquí actúa es sencillamente la ley de la miseria, pues para vivir hay que venderse, pero se desprecia a quien explota esa miseria y compra al obrero. Es curioso que la sumisión a personas po

derosas que inspiran miedo  
y hasta terror, la sumisión a tiranos y a jefes militares no re-  
sulte tan penosa como la sumisión a personas  
desconocidas y tan poco interesantes como son los  
hombres  
eminentes de la industria; por lo general el obrero no ve en  
la persona del empresario  
sino un ser perruno, astuto, opresor, que especula con toda  
miseria y cuyo nombre, fisonomía, moralidad y  
reputación le son indiferentes. Es probable que a  
los industriales y a los grandes jefes de empresas les  
falte en buena medida lo que  
constituye y caracteriza a una raza superior y que hace inter-  
esantes a las personas; si  
hubiesen tenido en su mirada y en sus gestos la distinción que  
da la nobleza de  
nacimiento, tal vez no habría aparecido el socialismo en las  
masas. Pues éstas se  
encuentran sumamente dispuestas a aceptar cualquier esclavi-  
tud, siempre y cuando el  
individuo que es superior a ellas se legitime continuamente  
como más elevado, como  
nacido para mandar ¡mediante la distinción de su estilo! Has-  
ta el hombre más vulgar  
capta que la distinción no se improvisa y que ésta es venera-  
ble en tanto producto de largos siglos, mientras que la  
falta de distinción y la desacreditada grosería del  
industrial de manos gruesas y coloradas le hacen pensar que  
quien ha puesto a uno  
por encima de otro no ha sido más que el azar y la suerte. ¡  
Tanto mejor!, se dice;  
¡tentemos nosotros también al azar y a la suerte! ¡Echemos  
los dados! Y empieza el socialismo.

#### 45. Epicuro.

Sí, me siento orgulloso de captar el carácter de Epicuro de  
modo diferente a  
como lo haría cualquier otro y de gozar de la felicidad vesp-  
pertina de la antigüedad en  
todo cuanto oigo o leo de él. Veo sus ojos contemplando un  
extenso y plateado mar, por  
encima de los acantilados de la orilla en los que se posa el so-  
l, mientras pequeños y  
grandes animales retozan a su luz, tan seguros y serenos co-  
mo esa luz y esa mirada.  
Sólo quien sufre permanentemente ha podido inventar seme-  
jante a la felicidad, la felicidad  
de una mirada ante la cual se ha apaciguado el mar de la ex-  
istencia y que nunca se cansa de contemplar esa  
superficie, esa piel multicolor del océano delicada  
y  
estremecida. Nunca hubo antes una voluptuosidad tan mode-  
sta.

#### 50. El argumento del aislamiento.

El reproche de la conciencia, aun el más  
escrupuloso, resulta débil en  
comparación con la idea de que "esto o aquello va en contra  
de las buenas costumbres  
de la sociedad a la que pertenecemos". Incluso al más fuerte  
lo asusta la mirada fría, el  
gesto hosco de aquellos entre los cuales y para los cuales ha  
sido educado. ¿Qué teme, a fin de cuentas? ¡El  
aislamiento! Argumento que destruye hasta los  
mejores

argumentos en pro de una persona o de una causa. Así se ex-  
presa a través de nosotros el instinto gregario.

#### 52. Lo que otros saben de nosotros.

Lo que sabemos de nosotros y lo guardamos en la memoria  
no es tan decisivo  
como se cree para que vivamos felices. Llega un día en que  
se nos viene encima lo que  
otros saben de nosotros (o pretenden saber), y sólo desde es-  
e momento reconocemos  
que esto es realmente lo que nos afecta. Soportamos más fáci-  
lmente la mala conciencia que la mala reputación.

#### 76. El mayor peligro.

La humanidad habría desaparecido hace tiempo de no existi-  
r siempre una gran  
cantidad de hombres que considerara a la disciplina de su c-  
erebro (es decir, a su  
racionalidad) un motivo de orgullo, una virtud y un deber y  
que, dotados del "buen  
sentido común", se hayan considerado humillados y ofendidos  
ante cualquier delirio o  
desliz del pensamiento. Es que por sobre la cabeza de esta hu-  
manidad ha acechado en  
todo momento, como su mayor peligro, la locura dispuesta a  
irrumper, es decir, la  
irrupción de lo arbitrario en la sensación, la vista, el oído, e  
l goce de la anarquía  
cerebral, el placer en el sin sentido, en la irracionalidad hu-  
mana. Ni la verdad ni la certeza constituyen la  
contrapartida del mundo de la locura, pero ambos  
son la  
universalidad y la obligación universal de una creencia; en  
pocas palabras, el no ser  
arbitrarios al juzgar. Y la mayor labor de los hombres hasta  
ahora ha consistido en  
lograr un acuerdo mutuo sobre un gran número de cosas y e-  
n consensuar una ley de la  
unanimidad, independientemente de que dichas cosas fueran  
verdaderas o falsas. Así  
es la disciplina cerebral que ha conservado a la humanidad,  
sin que deba desecharse el  
que los impulsos contrarios tienen todavía una fuerza tal que  
e, en el fondo, apenas se  
puede hablar con confianza del futuro  
de la humanidad. La imagen de las cosas  
continuamente se mueve y se desplaza, y es factible que a pa-  
rtir de ahora lo haga más  
rápidamente que nunca; permanentemente los espíritus más  
selectos, en particular, se  
alzan contra esta obligación universal —¡yendo a la cabeza  
los exploradores de la verdad!—  
. Sin cesar, esta creencia, como creencia de todos, inspira a  
versiones y nuevos  
deseos insatisfechos a los espíritus más cultos; y el ritmo len-  
to que la misma exige  
para todos los procesos espirituales, esta imitación de la tor-  
tuga que aquí se reconoce  
como norma, permite a los poetas y a los artistas hacer el pa-  
pel de transfugas. En  
estos espíritus impacientes irrumpe una auténtica ansia de l-  
oscura, porque ¡qué ritmo  
alegre que tiene! Se precisan, entonces, intelectuales virtuosos  
—¡ah!, he de decirlo sin el menor equívoco—, se  
precisa una virtuosa estupidez, se precisan  
directores de

*orquesta imperturbables, capaces de ajustarse al ritmo lento  
del espíritu para que los  
fieles de la creencia final continúen reunidos y bailando su  
danza; quién exige y quién  
manda eso es una necesidad de primer orden. Nosotros som  
os la excepción y el peligro –  
¡tenemos la necesidad de estar continuamente defendiéndon  
os!–. Pero puede decirse  
algo en favor de la excepción, siempre y cuando no quiera c  
onvertirse nunca en regla.*

*341. La carga más pesada.*

*¿Qué dirías si un día o una noche se introdujera  
furtivamente un demonio en tu  
más honda soledad y te dijera: "Esta vida, tal como la vives  
ahora y como la has vivido,  
deberás vivirla una e innumerables veces más; y no habrá  
nada nuevo en ella, sino que  
habrán de volver a ti cada dolor y cada placer, cada  
pensamiento y cada gemido, todo lo  
que hay en la vida de inefablemente pequeño y de grande,  
todo en el mismo orden e  
idéntica sucesión, aun esa araña, y ese claro de luna entre  
los árboles, y ese instante y  
yo mismo. Al eterno reloj de arena de la existencia se lo da  
vuelta una y otra vez y a ti  
con él, ¡grano de polvo del polvo!"? ¿No te tirarías al suelo  
rechinando los dientes y  
maldiciendo al demonio que así te hablara? ¿O vivirías un  
formidable instante en el  
que serías capaz de responder: "Tú eres un dios; nunca  
había oído cosas más divinas"?  
Si te dominara este pensamiento, te transformaría,  
convirtiéndote en otro diferente al  
que eres, hasta quizás torturándote. ¡La pregunta hecha en  
relación con todo y con  
cada cosa: "¿quieres que se repita esto una e innumerables  
veces más?" pesaría sobre  
tu obrar como la carga más pesada! ¿De cuánta  
benevolencia hacia ti y hacia la vida  
habrías de dar muestra para no desear nada más que  
confirmar y sancionar esto de  
una forma definitiva y eterna?*